

Viejo y nuevo pensamiento en América Latina

Carlos Alberto Montaner

* * *

RECUERDO HABERLE ESCUCHADO A PETER BERGER, el brillante sociólogo de Boston University, una deliciosa anécdota que revela el grado de interdependencia del mundo en que vivimos. Berger es un hombre de regular tamaño, ligeramente grueso, y con cabeza insolentemente afeitada. Berger, especialista en las relaciones entre la cultura y el desarrollo, viaja mucho a lugares extraños, y en uno de esos excéntricos periplos acabó medio perdido en un alejado villorrio, no

recuerdo si de Etiopía o de Kenya. En todo caso, era un lugar remoto del "tercer mundo", en el que el tiempo parecía haberse detenido. De pronto, como salido de la nada, apareció un chiquillo medio desnudo que se le quedó mirando, se echó a reír, y para llamar a los otros miembros del grupo comenzó a gritar, "¡Kojack, Kojack!". "En ese momento —me contó Berger con una careajada— entendí plenamente lo que era la *aldea global* que suelen mencionar los periodistas y comunicadores.

La aldea global

BIEN: NO TENDRÍA DEMASIADO SENTIDO VOLAR desde Europa hasta Bolivia para reiterar una convicción en la que casi todos coincidimos. Es absolutamente cierto que vivimos en un mundo al que la comunicación cada día va haciendo más familiar y conocido. Pero, en cambio, sí vale la pena explorar algunas consecuencias menos

obvias de este fenómeno, puesto que de ahí deberían extraerse ciertas conclusiones que acaso afecten nuestro comportamiento.

La primera observación tiene que ver con los "roles" de Berger y del muchacho que lo confundió con Kojack. Berger es un humanista del "primer mundo", culto y próspero —tan próspero como la sociedad norteamericana le permite ser a un

III TRIMESTRE 1996

intelectual—, que viajaba al África no sé si por vacaciones o por intereses profesionales, pero —en cualquier caso— era alguien con recursos suficientes como para costearse esa aventura. El niño, por su parte, era una pobre criatura analfabeta y mal alimentada que difícilmente conseguirá mejorar su nivel de vida de modo sustancial a lo largo de una existencia precaria, pastosa y miserable, que acaso transcurrirá íntegramente dentro de un radio de acción de cincuenta kilómetros cuadrados. Los dos conviven en la misma “aldea global”, los dos comparten ciertas señas de identidad y ciertos códigos, pero sólo a uno de ellos le es dable viajar, alimentarse y vestirse bien, curarse las enfermedades, y desarrollar un modo de vida rico y razonablemente agradable. Pero lo más frustrante de esta situación ni siquiera radica en las diferencias entre las formas de vida de uno y otro, sino en que el niño, si tiene una inteligencia normal, seguramente habrá asimilado los comportamientos del “primer mundo” como su paradigma particular. Y de ahí, de esa inevitable comparación, le vendrá la ominosa certeza de su pobreza. No exactamente de la calva gloriosa de Kojack, sino de los rascacielos que sabe que existen, de los yates que incesantemente atracan en la televisión o en los periódicos, de ese universo refulgente de metacrilato y aluminio, de “Jumbos” y emparedados, de

Internet y Hollywood, que siempre está en otra parte, porque para los pobres de este valle de lágrimas, el “primer mundo” es una realidad virtual, es la imagen de algo tan inasible que parece una expresión de la fantasía, lo que no impide que se convierta en un modelo, pero un modelo más para anhelar sin esperanzas que para emular exitosamente.

¿Cómo es el modo de vida que le sirve de paradigma a eso a lo que llamamos “tercer mundo”? Evidentemente, en el tercer mundo ansían un tipo de sociedad en la que abunden los bienes de consumo y los servicios. Un tipo de sociedad, además, empeñada en que ambas cosas —bienes y servicios— crezcan constantemente en calidad y cantidad, fenómeno al que suele calificarse como “progreso”. Por más vueltas que se le dé a la definición, progresar es tener cada vez más objetos y disponer con frecuencia creciente de servicios más placenteros. Progresar es aumentar la velocidad de nuestros desplazamientos, o del desplazamiento de nuestra voz e imagen. Progresar es multiplicar los saberes. Es disponer de más vías de esparcimiento. Es extender el número de las viviendas o el perímetro que ocupan. Y así hasta el infinito, pues la idea del “progreso” carece de límites. No es algo a lo que *llega*, sino un proceso en el que se *está*, como suele subrayar inteligentemente Mariano Grondona. Y se está de una manera irrevocable, porque *ése*, progresar,

es el objetivo de nuestra convivencia social desde el Renacimiento, o —si se quiere— desde la Ilustración forjada en el occidente de Europa en el Siglo XVIII.

Naturalmente, es posible que alguien pueda tachar estas palabras de groseramente materialistas, pero estaría incurriendo en un grave error. No estoy *prescribiendo* un modo de comportamiento, sino estoy *describiendo* algo que ocurre de forma inocultable. Desde hace varios siglos, precisamente desde que se aceleró la formación de la “aldea global” y el *modus vivendi* de Europa se generalizó en el resto del planeta, el progreso se convirtió en el *leit motiv* de la humanidad, y ese progreso comenzó a medirse en el terreno mundano de las cosas y las satisfacciones, así como por el número de las personas que, de forma creciente, podía acceder a ellas; progreso —por cierto— que en modo alguno excluye los altos bienes culturales. Una orquesta sinfónica, una gran pinacoteca, un parque de recreo —artificial o natural, qué más da—, son también objetivos de los pueblos prósperos, y acaso una consecuencia predecible del éxito económico alcanzado por determinadas

sociedades. No es, pues, sensato, contemplar el deseo de progreso como un síntoma del materialismo más burdo, dado que sólo los que prosperan económicamente tienen el privilegio de poder sufragar cuanto el espíritu necesita para cultivar las más refinadas ocupaciones.

Por otra parte, los anticonsumistas, los que en nombre de la espiritualidad o de una crónica frugalidad abominan del consumo, los enemigos del esfuerzo constante de las personas por poseer bienes y adquirir servicios, deben entender que con esa actitud contradicen el propósito del progreso y —por lo tanto— dificultan la lucha contra la pobreza. Para los pobres, mucho más que para los poderosos, intuitiva o racionalmente, el objeto de sus desvelos y sueños es producir y atesorar más y más riquezas para consumir más y más bienes y servicios. Eso podrá parecer excesivamente materialista, pero así se comporta el 99 por ciento de la humanidad. El uno restante es ese respetable grupo de seres contemplativos que vive dedicado a la oración en los templos budistas o en los conventos cristianos de clausura.

El pensamiento viejo

CREO QUE A PARTIR DE ESTE PUNTO DE PREMISAS son más claras; vivimos, en efecto, en una aldea global, aunque en América

Latina estamos instalados en el alero más pobre y desgarnecido de ese espacio. Simultáneamente, aceptamos la idea de que la fuerza

vital que mantiene en tensión a esta aldea global es la idea del progreso, y somos capaces de admitir que este objetivo no es un destino de llegada, sino la búsqueda de un camino sin final, caracterizado por el acceso a un creciente repertorio de bienes y servicios que le hacen la vida más grata a un número cada vez mayor de personas. Al mismo tiempo, y con cierto fatalismo, también comienza a resultarnos obvio que para poder tener acceso a esos hipotéticos bienes y servicios desplegados frente a nuestros ojos, hay que producir más y mejor, dado que no sería razonable querer disfrutar de automóviles, viajar a París o Disneyworld, contar con plantas seguras de energía nuclear o con discos de CD-ROM, si no disponemos de recursos para adquirirlos.

¿Cómo se consigue, en suma, este “milagro”? ¿Cómo se puede lograr que el niño de la anécdota narrada logre “progresar” y convertir su polvoriento pueblucho africano en una ciudad parecida al Boston de donde procedía el sabio profesor Berger? ¿Cómo conciliar el paradigma que nos impone la “aldea global” con la realidad que nos es posible alcanzar? Hasta hace relativamente poco tiempo, hasta finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, cuando existían la URSS y el Bloque del Este, y cuando el marxismo no estaba totalmente desacreditado, esas preguntas se contestaban con argumentos y razonamientos que hoy muy bien pueden calificarse

como “pensamiento antiguo”. Entonces mucha gente pensaba que la pobreza del “tercer mundo” era una consecuencia de la riqueza que el “primero” usufructuaba mediante violencias y presiones de toda índole, atropello que se sumaba a la injusticia estructural del capitalismo, sistema que sólo servía para enriquecer a unos pocos ambiciosos domésticos, quienes, para colmo de villanías, solían aliarse con el extranjero explotador con el objeto de esquilmar sin tregua a los desdichados trabajadores locales.

Durante casi todo el Siglo XX, esa manera de diagnosticar el origen de la pobreza del “tercer mundo”, aunque fragmentada en numerosas variantes y con diversos matices de lenguaje, adquirió una total hegemonía en las universidades, en los púlpitos de las iglesias, en las redacciones de los periódicos y en las tribunas electorales. Vivíamos en un mundo de víctimas y victimarios, de explotadores y explotados. Ese era el discurso de los comunistas puros y duros o de los fascistas más o menos embozados, pero también, aunque con sordina, era el discurso de los socialcristianos y socialdemócratas. Unas veces la “doctrina” venía de Marx y otras de Mussolini, mas no faltaba, a trechos, la inspiración estatizadora y antimercado proveniente de una mala lectura de Keynes o de las Encíclicas del Vaticano. No había, por tanto, que ser un guerrillero o un siniestro terrorista para suscribir

esta manera de entender nuestras carencias económicas. Políticos absolutamente inofensivos, burgueses respetables, y catedráticos más o menos serenos y prudentes, podían y solían acogerse a diversas expresiones del populismo estatizador de prosapia socialista. Personas que genuinamente creían en las libertades y en el respeto por los derechos humanos no encontraban ninguna contradicción en entregarse sin demasiada resistencia a esta forma de interpretar nuestra lamentable realidad económica. Ese era el dogma prevaleciente.

No es de extrañar, pues, que esa descalificación global de la economía de mercado —en la que frecuentemente coincidían la izquierda y la derecha, Perón y Castro, Getulio Vargas y los hermanos Ortega, el PRI y Alan García, los economistas de la CEPAL y los teólogos “de la Liberación”—, acabará por generar un sinfín de medidas, supuestamente orientadas a mitigar las injusticias constantes del capitalismo como sistema de producción o de comercialización nacional e internacional; medidas todas ellas, de una u otra manera, arraigada en la superstición de que resultaba conveniente aumentar el peso del Estado, asignándole al gobierno —además— una misión rectora de la gestión económica.

Es a esta obsesiva y ubicua visión *antimercado* a lo que en América Latina hay que atribuirle las costosas e ineficientes

estatizaciones de numerosos bienes de producción. Así se explica el surgimiento de corruptos Estados-empresarios, o la redistribución forzada de la tierra mediante reformas agrarias casi siempre realizadas de forma totalmente contraproducente. Así se entienden las medidas arancelarias proteccionistas, inevitablemente emboscadas en la coartada del nacionalismo, que sólo sirvieron para enriquecer a unos amigos del poder que producían mal y a altísimos precios, generalmente en perjuicio de los consumidores; o la multiplicación de burocracias parásitas dedicadas a la “venta” de granjerías y privilegios que luego se perpetuaban en los diabólicos mecanismos del clientelismo político. Y hasta hay que achacarle la desconfianza en el sistema democrático, pues dentro de ese clima de tenebrosas sospechas frente al capitalismo autóctono y foráneo, dentro de esa mentalidad anti-mercado, siempre parecía más fácil que el desarrollo de nuestros pueblos llegara de la mano de militares organizados y expeditos, o de revolucionarios iluminados, que como el resultado del trabajo imaginativo y sin trabas de nuestras empresas, coordinado con el liderazgo de políticos libremente seleccionados en las urnas por la sociedad civil, sin otro propósito que el de que se convirtieran en obedientes servidores públicos sujetos a la autoridad suprema de la ley.

Es por eso, entre otras razones,

por lo que América Latina se llena de espadones y de guerrilleros: la democracia como sistema político, y la economía de mercado como forma de realizar nuestras transacciones, habían caído en el mayor desprestigio. De ahí que nuestros pueblos vivan con total indiferencia —y hasta con un grado de complicidad— la conculcación de nuestras leyes y constituciones. Sencillamente, la sociedad no percibe que *goza* de un sistema económico y jurídico que se ha dado libremente para su propio beneficio, sino está convencida de que *padece*, de que es víctima de un modo de convivencia ajeno y perjudicial. ¿Cómo extrañarse, pues, de que siempre existan muchedumbres dispuestas a aplaudir a un militar o a un guerrillero decididos a cambiar la suerte del país por medio de la violencia? Qué más nos da, si “la suerte del país”, a fin de cuentas, nos ha sido impuesta desde y supuestamente en contra de

Cómo se hundió el pensamiento viejo

AFORTUNADAMENTE, A LAS PUERTAS DEL SIGLO XXI el pensamiento antiguo comienza a extinguirse, y tres son las razones de mayor peso que explican convincentemente la forma en que se desacreditan las ideas económicas, o político-económicas, que han dominado casi toda nuestra centuria.

La primera explicación se deriva del fracaso objetivo de estas

CIENCIA POLÍTICA

nuestros intereses?

Indudablemente, en el pensamiento antiguo existía un componente de “ingeniería social” de naturaleza contraria a las creencias democráticas. El dueño de la verdad siempre era un tecnócrata de derechas o de izquierda, alguien que sabía exactamente lo que había que hacer para lograr la felicidad sobre la tierra y para acercarnos rápidamente a las formas de vida de las naciones más prósperas del planeta. Alguien que conocía con toda precisión lo que había que producir y cómo y para quiénes había que producirlo. El pueblo y las decisiones autónomamente adoptadas por las gentes en defensa de sus propios intereses no parecían existir, y mucho menos ser tomados en cuenta. La libertad no significaba demasiado para casi nadie. Se vivió un espasmo dirigista que ha durado casi todo el siglo y del cual, lamentablemente, no nos hemos librado totalmente.

recetas para lograr el desarrollo. Cuando terminó la Primera Guerra Mundial —aproximado punto de partida del auge del abanico de ideas socialistas— América Latina, con la excepción de Argentina, *grosso modo* tenía la décima parte del *per cápita* de Estados Unidos. En aquel entonces, Argentina contaba con el 75 por ciento de la renta *per cápita* norteamericana. En 1996, los latinoamericanos, como

promedio, siguen teniendo esa misma escasa décima parte del *per cápita* de los estadounidenses, mientras los argentinos hoy sólo alcanzan el 25 por ciento.

Pero más grave aún que esa desalentadora distancia económica resulta la distancia científica y técnica: en 1918, la modernidad era totalmente comprensible y de relativamente fácil adquisición por nuestras élites intelectuales y económicas. Los teléfonos, locomotoras, la incipiente aviación, los motores de combustión o las vacunas de Pasteur, estaban al alcance del entendimiento y del bolsillo de prácticamente todos nuestros pueblos. En 1996, es bastante más complicado llegar a dominar el mundo de la física nuclear, de la ingeniería genética, de la alta cibernética o de la navegación interestelar, por sólo citar cuatro disciplinas punteras. La humanidad desarrollada —para utilizar la fatigada fórmula de Marx— parece haber dado un paso mucho más *cualitativo* que *cuantitativo*.

¿Qué hacíamos en América Latina mientras entre los pueblos prósperos del planeta se llevaba a cabo esta profunda transformación del saber y se multiplicaban los bienes y servicios? Nosotros hacíamos revoluciones. Es decir, ensayábamos “atajos”, caminos cortos que siempre partían del supuesto de que había que despojar a alguien de lo que tenía para dárselo a quien no lo tenía. Eso son, con buenas y malas inten-

ciones redistributivas incluidas, las revoluciones mexicana, boliviana, cubano o nicaragüense; eso son el peronismo, el velasquismo de Perú, el torrijismo panameño, el gobierno de Alan García, el “Estado-novo” de Brasil y así sucesivamente. Pero esa forma de entender el desarrollo como una operación aritmética de suma-cero fracasó rotunda e inapelablemente, empobreciendo aún más a nuestro pueblos, provocando muchas veces fenómenos devastadores como la hiperinflación, el desabastecimiento o el desempleo crónico.

La segunda razón que pesó en el abandono de las ideas antiguas fue el hundimiento del socialismo real en la URSS y sus satélites más próximos. En primer término, por la desmoralizante comparación en Europa entre el nivel de vida de las dos Alemanias, o entre lo que sucedía en Austria con relación a lo que podía observarse en Hungría y Checoslovaquia, fragmentos equivalentes del mismo Imperio Austrohúngaro hasta 1918. Mientras los alemanes del oeste y los austriacos, los capitalistas, alcanzaban niveles de vida perfectamente calificables como opulentos, sus hermanos del este, los comunistas, sometidos a un sistema colectivista, sin propiedad privada y bajo la rígida planificación de los burócratas del Partido Comunista, vivían una vida gris de privaciones y necesidades, en la que, además, ni siquiera se respetaban los derechos humanos más elementales.

III TRIMESTRE 1996

Pero si la comparación europea entre los dos sistemas era ejemplarizante, el contraste en Asia resultaba un verdadero escándalo. Las dos Coreas, o el destino de los chinos de Singapur, Hong Kong y Taiwan, cuando se enfrentaba al de los que vivían en la inmensa China, no dejaba espacio a la elección: el capitalismo demostraba ser un sistema infinitamente más eficiente y rápido para crear riquezas y para hacer disminuir los índices de miseria entre las grandes multitudes orientales.

Sin embargo, esa comparación aportaba un dato todavía más significativo para desacreditar totalmente el pensamiento antiguo en América Latina. Al margen de probar que la economía de libre empresa era mucho mejor que la colectivista para desarrollar a los pueblos, el exitoso ejemplo de los llamados “dragones” o “tigres” de Asia ponía de manifiesto que era totalmente posible, en el plazo de veinte o treinta años —periodo menor que la vida laboral de una persona promedio—, convertir a sociedades atrasadas en naciones del Primer Mundo, abandonando para siempre la miseria y la desesperanza en las que habían vivido. Era posible no sólo dar un salto *cuantitativo* sino también *cualitativo*.

Todo lo que decía el pensamiento era falso. Las “colonias” económicas (y hasta políticas) sí podían desarrollarse. Hong Kong, cuando desgraciadamente se instale bajo la soberanía china, tendrá dos

mil dólares más *per cápita* que la propia Gran Bretaña. La famosa “Teoría de la dependencia”, simplemente, era disparatada. Corea no tenía que ser permanentemente una pobre nación exportadora de algunos granos, condenada a vivir y producir en la “periferia” del capitalismo. Por el contrario, estaba a su alcance convertirse en un país industrializado capaz de competir con Estados Unidos, Japón y Europa. Un minúsculo Estado como Singapur —sin que nadie intentara evitarlo— podía transformarse en un emporio económico y tecnológico que supera en casi un 80 por ciento a los españoles en riquezas producidas por número de habitantes. Taiwan, que en 1949 tenía un 60 por ciento de analfabetos —analfabetos en chino, desgracia que sólo se supera tras el aprendizaje de varios millares de ideogramas—, que apenas exportaba un poco de arroz, hoy en un país altamente industrializado, con un 92 por ciento de personas escolarizadas, y un nivel de vida no muy lejano del que tienen los griegos y portugueses, países ambos integrados en la muy rica Unión Europea. Ya nadie tenía derecho a la duda: el camino para salir del subdesarrollo, el camino para situarnos en la cima de la “aldea global”, no es el que predicaban los adeptos del viejo pensamiento, sino el que proclaman los defensores del nuevo. Acerquémonos a esa manera actual de entender los mecanismos económicos.

El pensamiento nuevo

ANTE TODO, ES CONVENIENTE ADVERTIR UNA diferencia fundamental entre el viejo y el nuevo pensamiento. El viejo pensamiento era una ideología. Es decir, una idea sobre cómo funcionaba el mundo, y una idea sobre cómo debería funcionar para que los resultados fueran más justos y eficientes. Los socialistas, en todas sus variantes, incluidas las fascistas, *suponían* ciertas cosas. Suponían que la pobreza era el resultado de cómo se relacionaban las personas con la propiedad de los bienes de producción, y suponían —además— que por algún designio poco claro les correspondía a ciertos grupos la tarea de guiar al rebaño en la dirección del paraíso. Una dirección, por cierto, que ellos creían conocer con total claridad.

El nuevo pensamiento, en cambio, no es una ideología, sino una lectura de la experiencia. Se ha llegado a él no como un ejercicio abstracto de teorización, como ocurrió con el marxismo, sino por deducciones lógicas. Es la lección que nos trasmite la historia de este Siglo XX que está a punto de expirar. Y ¿qué es lo que la historia nos enseña? Varias lecciones, apenas seis, que podamos consignar brevemente:

- Las veinticinco naciones más desarrolladas y estables del planeta son, prácticamente

todas, democracias organizadas en torno a la idea de “Estados de derecho”. Es decir, democracias regidas por leyes neutrales que afectan a todos los ciudadanos por igual. Estados de derecho, además, que garantizan la propiedad privada y aportan instituciones sólidas, de manera que el ciclo de “inversiones-producción-beneficios-inversiones” pueda perpetuarse indefinidamente. Donde hay incertidumbre jurídica no hay crecimiento sostenido. Donde no hay democracia y —por lo tanto—, donde no hay maneras previsibles y razonables de transmitir la autoridad, es muy difícil que la economía avance en forma ascendente. De ahí el intuitivo (o meditado) desplazamiento de Corea y Taiwan hacia fórmulas de gobierno cada vez más democráticas. Si se mantienen dentro del autoritarismo, una ruptura del orden institucional puede hacerlos retroceder brutalmente, liquidando en poco tiempo lo que tanto esfuerzo y tiempo les ha costado construir.

- El elemento más importante para explicar el desarrollo de los pueblos es el capital humano. El gran esfuerzo hay que hacerlo en instruir y formar

ciudadanos, especialmente en las primeras etapas, desde su nacimiento y hasta los dieciséis años, pues es en este período en el que "se hace" la persona. Una persona que, para que sea económicamente eficiente, no sólo debe tener los conocimientos adecuados, sino también debe haber asimilado los valores culturales que propenden al desarrollo. Otra forma lateral de enriquecer a los pueblos es "importando" el capital humano mediante políticas migratorias inteligentes. Con frecuencia, tras cada salto impresionante que realizan ciertas sociedades puede verse el peso de inmigraciones positivas.

- La gran tarea de los gobiernos no es indicarles a los ciudadanos los trabajos que tienen que realizar, sino obedecerlos, poniendo al servicio de la sociedad una administración de calidad, profesional y honorable, que realice sus transacciones mediante operaciones y concursos transparentes. La corrupción tiene un efecto devastador que va más allá del daño estrictamente económico. Además de transferir a la sociedad unos costos ocultos que perjudican al conjunto, la corrupción y la impunidad separan espiritualmente a los ciudadanos del Estado en el que viven. Lo alienan.

- La primera responsabilidad administrativa de los gobiernos no es producir bienes y servicios, sino mantener estables los equilibrios macroeconómicos: una fiscalidad no deficitaria, estricto control del gasto público y una moneda sana libremente convertible. De la combinación de estos tres elementos suele derivarse la ausencia de inflación, uno de los peores flagelos de cuantos afectan a los pueblos. Es muy importante que el Estado haga pocas cosas, pero las que haga tiene que hacerlas bien. Y entre sus tareas básicas e irrenunciables está el mantenimiento del orden y la administración de justicia. Esto último —el poder judicial— tiene que ser justo, rápido y totalmente independiente de los otros poderes o de los económicamente fuertes.

- Corresponde al gobierno —y a la sociedad ordenárselo— establecer reglas justas para que la competencia funcione libremente dentro de las fronteras del país y con relación al exterior. Es fundamental abrirse a las inversiones, al comercio y —en definitiva— a la competencia externa. Donde no hay competencia los precios se distorsionan y la calidad decae. La libre competencia, en suma, es el elemento que permite la

superación constante de la oferta de bienes y servicios y el aumento incesante de la competitividad. Si se suprime u obstaculiza severamente, sobreviene el empobrecimiento general.

- Tiene que generarse una cierta armonía entre el gobierno, las empresas y los centros de enseñanza para que el conocimiento y los esfuerzos mancomunados fluyan en la dirección adecuada. Es vital la concertación general de la sociedad. En América Latina siempre se tiene la terrible sensación de que cada institución, grupo o estamento social se percibe como una isla adversaria del resto, y no como la parte de un proyecto común.

¿Eso es todo? ¿No hay más secretos en el pensamiento nuevo que expliquen el "milagro" fulminante de los pueblos exitosos? No, no hay más secreto, porque de lo que se trata no es de decirles a las personas lo que tienen que hacer, sino de liberar su capacidad creativa, forjando las condiciones para que esa libertad rinda sus

frutos de la manera más adecuada posible. De lo que se trata es de invertir las relaciones de poder, para que sea el Estado el que viva de los ciudadanos y no los ciudadanos del Estado. De lo que se trata es de que el gobierno no mande, sino obedezca, prescribiendo para siempre de esos peligrosos "ingenieros sociales" dedicados a la inútil y dudosa tarea de fabricar *hombres nuevos*. De lo que se trata es de formar individuos libres, responsables y críticos, y de convertirlos en los gestores principales de sus propias vidas. Incluso, la esencia del pensamiento nuevo hasta puede concretarse en una sencillísima oración: la clave de la prosperidad descansa en tres pilares: la libertad para perseguir nuestros anhelos con ahinco, la responsabilidad para respetar las normas, y la existencia de unas instituciones que permitan un buen balance entre esos dos factores no siempre fácilmente armonizables. No hay más secretos ni más misterios, como saben quienes se han asomado con curiosidad y rigor al fenómeno del desarrollo. Ahí, en esa simple verdad, está todo resumido.☺